

## VII

## CAIFAS EN CONTEMPLACION

La luna acaba de ser vista por los dos vigilantes del templo; el mes comienza.

En los campos, la tierra aun está parduzca; llueve sobre el monte Glon y sobre el monte Sion; el invierno toca á su término.

En el templo se hace la ablución, se acepilla, se deshollinan sus cadenas, goznes y cerrojos para las fiestas próximas.

Allá, en el altar mayor, inclinándose sobre los vasos llenos de agua y esparciendo el nardo y el jacinto, los porteros levitas lavan el triple recinto, deteniéndose á veces para besar las losas; cerca de este altar y tras la vasta cortina, solo, de pié, con los brazos levantados, está el gran sacerdote, diriase un fantasma con el sudario blanco.

El arca se halla sobre un estrado en el fondo del Santuario.

Elohim le dejó la huella de su dedo; un deslumbramiento le rodea y se ven cajas con perfume de áspid sobre cada escalón que apenas se distinguen en el resplandor del arca.

Caifás se ocupa de las cosas eternas; un

doctor de la Ley, Rosmofin de Joppe llega, levanta la cortina y marcha hacia Caifás, que no por eso cambia su actitud de Pontífice; apenas entreabre sus ojos vagos y cerrados; el sacerdote le dice: vengo á verte, Hannasci, porque ya tengo informes de aquél, de los doce en quien tu piensas; es el encargado de los gastos y cuando viajan se entiende con los posaderos.

Los demás parecen orgullosos de llevar sus collares, solo él tiene el aspecto de un lobo entre perros; su modo de obrar es obscuro; en Naim una mujer de mal vivir lavó los pies del Maestro, maltratados por el camino, con bálsamos y perfumes; este hombre se enojó en extremo y llegó á decirle, "acabas de gastar en eso veinte dineros de mirra!"

Y Caifás le respondió; es el hombre que necesitamos; sí, replicó Rosmofin, es celoso, reservado, triste, oblicuo, inquieto, solitario y avaro; decid príncipe deseariais saber cómo le llaman, lo ignoraba el día que me preguntasteis, lo sé ahora

¿Cuál es su nombre? dijo Caifás.

Judas, le contestaron.

## VIII

## LA SIBILA

La sibila de Achlab habla en su caberna, está so'a; un espíritu feroz la domina la do-blega como una llama al soplo de un vuelo de demonios; de su boca obscura, y de sus negros pulmones, hace salir la casualidad palabras terribles; hojas que más tarde aumentarán las biblias se escapan por momentos de su antro y van en vagas llamaradas por el espacio sin fin. Ella los sigue con los ojos y ríe y después torna á empezar, la inmensidad mezclándose á su demencia y el alien-to infinito abrasándola siempre.

Se dirige á la sombra, al abismo, á las vo-cas sordas.

Espectro por la mirada, por la flacura es-queleto.

Habla una lengua extraña en donde se re-fleja el porvenir semi visible sobre su frente; pronuncia ya palabras que serán dichas por el género humano tres mil años después.

Sus manos descarnadas se cruzan sobre sus senos desnudos.

Sus ojos lúgubres, meditan, yo no se qué de terrible.

Este espectro balbute con autoridad; se diría que hace la lectura inaudita de un libro misterioso, abierto en las exten-siones.

A veces se detiene diciendo: "no puedo."

En ese momento, en el fondo de su gruta, horrible pozo lleno del espanto de las visio-nes ocultas, es á los fundadores de dogmas y de cultos á quien su mirada persigue; pare-ce que habla á través de la espesa noche á los que buscan á Dios para mostrarlo á los hombres.

El libro de lo alto dice:

Quien quiera que tu seas, que ordenas al sér se explique y á la esfinge que sea clara; quien quiera que tu seas que apoderarte quieres del agua, y apresar al aire y dar una forma á la nube y que te sumerges en el si-niestro abismo en donde flota esta palabra: Dios.

Quien quiera que tu seas, que pretendes obligar á la sombra, á la confesión y palpar la certidumbre con tu mano poco firme, que intentas arrimar tus muros al templo side

ral y designar al sér un testó, un número, un lugar.

Hombre, quien quiera que tu seas, que vienes á encender tu luminaria bajo el rayo, y tu lámpara debajo del astro y decirle a. universo sin límites levántate velo; que tomas al imposible de los cabellos; que pronuncias estas palabras inútiles: "yo sé—yo soy—yo salvo—yo reanimo;" que dices al ser:—vamos, abismo, responde, puesto que soy yo quien te interrogó!—sabe que tu locura es sombría, desgraciado!

El error sale de la nube y sin fin se prolonga en numerosos hilos.

Un rito es un gesto al azar en el vacío; aborto de la cifra y de la palabra, trabajo vano de la voz para nombrar el prodigio divino.

Siempre á la misma palabra la impotencia llegará.

Siempre el sombrío esfuerzo de las religiones, cae en el mismo fantasma y en la misma tumba.

Todas estas preguntas.

En dónde?—cuando?—por qué—cómo? hasta donde?—hacen el ruido sordo de un resumidero.

El libro de lo alto dice.

¡Oh pensadores, cuidado! El quiere que se le contemple y no que se le mire.

Arrodillaos, lo adorado debe quedar lo desconocido

Siempre que un hombre, un espíritu, viene y se aproxima demasiado cerca y con empeño necio se ha puesto á soplar sobre El como se sopla sobre un brasero, ha herido de muerte.

Desgracia! para los obstinados que pretenden escarbar eu este sér profundo.

Vosotros que os llamáis; ayer la mañana, el sabio, el instruido, el investigador, huida, el paso,—¡larvas! y pensáis imponeros á quien se llama para siempre—Hoy?—vuestras auscultaciones, vuestros cálculos, vuestro estudio y la vibración de vuestra inquietud!

Le molesta tener vuestras cifras caprichosas corriendo por doquier sobre El; hormigueo repugnante, tu curiosidad le importuna, gusanería!

Al Sér no le gusta que el hombre lo examine y sentirá los espíritus registrando en sus escondites.

Sacrilegio! el más medido por el menos, la mosca humana yendo á tropezar sus alas

con los cielos y el enjambre rozando á la Altitud eternal

El libro de lo alto dice:

Nada de testigos; hombres, no deis un paso fuera de vuestras necesidades.

El hombre es turtuga y la sombra es su concha.

No salgais del tiempo, del número y del espacio, porque él se vengará, el Ser misterioso, de las voces, de los ruidos, de las lámparas y de los ojos.

El es el amo obscuro de las torturas agudas, de las hachas, de los braseros, de los cáñamos, de las cicutas.

Elegirá los fuertes y tomará en su mano á aquellos que son el cerebro del genero humano, y fatal, arrojándolos á la espada fria que mata, decapitará á la sabiduría empesadamente necia.

Para castigar á los investigadores no tiene más que entregarlos al furor de aquellos mismos que quisieron ilustrar

Oh! sabios, para subir á los cielos en donde estan las tablas, tropezais con los altos lugares, esas cimas terribles, que visita el horror y que el cierzo constante bate.

Buscáis al día y hallais la muerte.

Ciertas cimas fatales tienen ásperas calvi-

cies, en donde las horribles cruces, por el asesinato ennegrecidas, se levantan, esperando á los pálidos redentores.

Cain, sobre esta tierra en donde el justo es siempre víctima tridor, ha dejado con que volver á empezar su crimen.

El hombre abrevia, oh! sabios, vuestros años ya de por sí tan cortos.

Para asesinaros, justos! el hombre tiene siempre bastante con el primer fratricidio.

El género humano, después de un crimen, recobra su juicio y glorifica á los que su odio dobiegara; uno ha bebido la cicuta el otro pende en la cruz.

Pensais algunas veces en lo que hizo el arcángel; el Ser de esta tierra? es malvado: se vengá; toma el alma, la vida y el día de través y con su caída hace la del universo.

El infierno está contenido en esta palabra: sole rad!

Con todos los remordimientos que son la inquietud y el duelo de la tierra y de que es abuelo, en el espantoso calabozo de las noches, Satanás está solo, la roca que le ocula está hecha de crimen.

Los otros condenados están en otro abismo; puede torturarlos, pero no puede verlos; solo, siempre solo, él es el ciego en la negru-

ra; en él y fuera de él, la sombra; mira, se alza, busca y no encuentra ni aun una hidra en su fosa; ¿una hidra? Eso sería alguien!

El ángel condenado vuela y vaga y adusto no quisiera haber nacido; si las bestias vieran su cloaca, ese antro haría rastrear á los lobos estremeciéndose, temblar al tigre y haría huir á los buhos de ojos redondos.

En tanto que se cierne, á cada movimiento de sus pesadas aletas salen del monstruo humaredas que van á la tierra y son ejércitos; que van sobre la tierra y á las regiones y se forman leyes, costumbres, y religiones; van á la tierra y toman figuras de reyes, de conquistadores, de angures y se oye el grito de un Satán amo que reina y en la noche se asienta fantasma semejante al espectro de las tinieblas.

Triunfantes, sagrados, grandes, ilustres, célebres, vampiros con el laurel ó la corona en la frente, elevan hasta el cielo una página de afrenta, y dicen:

"Yo soy el dogma, yo me llamo imperio;" cien calamidades negras, fatales de las cuales el hombre es la peor de todas, se desencadenan.

Satán se cierne siempre; peste, tierra que tiembla, agua sobre las rocas sordas, el tifón

sobre las olas; *simoun* en el desierto, oh! sombría agitación de las alas formidables.

El libro de lo alto dice:

Por lo tanto nada de curiosos; la noche es un consejo que el cielo da á los ojos.

Dejad al sér existir; sed lo que sois; miradas, sed el terror; bestias, sed las bestias; belleza, sed esqueleto; hombre, sed la nada!

Dios hace con lo tenebroso al verdugo de *vidente* ó si le place, sábios, pensadores, oh! turba infinita de abandonaros á vuestro propio abismo, dejará al enojoso fastidio, al yo celoso, al vértigo y al miedo crecer por sí mismos en vosotros; y vuestras *rejas* no abrirán más que fosas, levantándose en el fondo de vuestras investigaciones falsas, el caos de los errores, de las fiebre, de las tormentas, ofreciéndose el fierro enrojecido á vuestros manoseos, de tal modo que de su ley misma, de su enigma austero, de su nombre, de su dogma oscuro, de su misterio retirareis las manos, gritando: "¡nos hemos abrasado en este sér formidable!"

Mago, te sepultará en el hervidero de la urna.

Hará turbios, con luz en demasía, los ojos de la temeridad, del sueño y del orgullo.

Le bastará mostrar, para poneros en de-

mencia, uno solo de sus atributos, es su esplendor inmenso.

El más ciego será el más deslumbrado.

Tened por cierto que si trabajais en su mismo campo, cubrirá con ceniza y muerte vuestra simiente; de toda la ciencia él romperá las mallas.

El infinito no se puede apresar en una red.

No soportará que sepan lo que es, y pondrá á las epidemias, á las fuerzas, al trueno, á la sombra, para perseguiros oh! negros visionarios y si mira, horror! se desvanecerá todo y los pensadores gritarán, perdón! y bastará para borrar los pensamientos en sus frentes, entrever por un momento su pupila de rayo.

El libro de lo alto dice:

Vivid sin mirar; pasajero, tu misión es pasar; sondear es herir.

¿Quién eres tú? ¿Que eres tú? Tu nombre?

Terpandro.

Y tu?

Linos.

Y tu?

Tales.

Vosotros os llamáis ceniza; os llamáis bruma y noche; desapareced, morid.

Hablar es demasiado; balbucir es bastante; doblegaos, callad; el silencio es el homenaje.

Tu quieres penetrar lo impenetrable, mago? tu vienes á escalar con infracción y misterio, el día, la noche, la visión, el infinito; tu cometes un atentado nocturno sobre la virginidad de la tumba taciturna, levantas esa tapa; mago audaz! qué haces ahí merodeador de los vatos cielos? llegas furtivo, armado con tu vanidad sombría, á forzar la eternidad; con ganzua quieres abrir la sombra y acercas tu llave falsa á la puerta del fuego y violentar así esa cerradura con el orgullo, bajo la mirada de Dios, vete! vete de la luz, vete de las tieblas; fuera! vete con tu estrofa, con tus álgebras, poeta, geómetra, astrónomo, ladrón!

No busques, arrástrate; tiembla, es lo mejor.

Espacio, nada de Icaro: astros, nada de anteojos.

¡Oh, vivientes! tendriais á la verdad, si no fuerais lo que siempre habeis sido.

No mireis más que á la grande y tranquila eternidad.

Lo de aquí es inmóvil; lo de allá es inmutable; abajo está el áncora, arriba el obscuro anillo del cable.

¿Trata la naturaleza de cambiar de actitud, delante de vosotros, mortales vanos y locos?

Qué es la tumba? El pozo de las noches fúnebres; tiene la plenitud angusta de las tinieblas; no pide nada, ni hace ruido; el sepulcro, es el vaso en donde Dios guarda la noche, como el astro es la urna en donde Dios conserva la luz; los dos, serán eternamente lo que la primera ley quiso que fueran, uno la sembra, el otro el rayo luminoso.

¿Por qué quiere el hombre cambiar su misión? Es soplo, que pase!

¿Para qué el pensamiento, para qué tanta fuerza vanamente gastada? para qué Zoroastro? para qué los *Talmudes*? no es una vergüenza ver entrechocarse á Tiro con Seli-monte, Delfos con Eleusis, Tebas con Sion-en la inmovilidad de la Naturaleza?

Todos estos magos, luchando, afirmando ó negando; todos estos disputadores de ceniza y de nada, no hacen más, que agitar en torbellinos sus miserables reyertas, entre las tumbas negras y las estrellas fijas.

El alma es un ojo sin pupila.....

.....  
En tanto que así hablaba, apoderada por la esfinge oculta, sobre el antro tenebroso alguien se había inclinado.

El sol iluminaba, en el dintel de la gruta-uno dulce figura, resplandeciente y grave.

Un hombre estaba allí, con los pies desnudos en la yerva.

“Jamás te he visto, dijo la mujer aun bajo el delirio, pero te reconozco; salud Nazareno! y mostrando con el índice la sombra-agregó, cuidado!

Entonces, entre la mujer y este hombre, en tanto que la aurora calentaba á las serpientes entumecidas y que las flores abrian al sol sus corolas, se hizo un cambio angusto de palabras, que la tierra ignoró, nadie pudiendo escribir ese diálogo sombrío; arrebatado por el viento.

El Nazareno:

Sin embargo, Profetisa, es necesario salvar al hombre.

Sibila:

¿Para qué?

Nazareno:

Para salir de esta sombra en que estamos.

Sibila:

Que permanezcan en ella.

Nazareno:

Subir hacia el dia, es la ley; que la iniquidad le ceda el paso á la justicia, es la ley!

Sibila:

La justicia es un sueño en esta tierra.

Nazareno:

Los hombres llenos de odio tienen en la mano la espada; amándoles se les puede apaciguar; mujer, que dices del amor, habla?

Sibila:

Teme el beso.

---

## TERCERA PARTE

### I

## LA VIGA

---

El bandido Barrábas esta preso; sus últimos momentos se aproximan, porque es preciso que el asesino muera; al menos así lo dice el pueblo.

En las afueras de la ciudad hay un campo que ofrece á la vista restos putrefactos de animales muertos, en los cuales el chacal, semejante al gusano en el maduro fruto, hace desaparecer su cuerpo; es una colina teniendo en abundancia huesos; desparramados aquí y allá sobre los cuales revolotean zumbando millares de moscas y otros insectas; antes de llegar, y á lo lejos, se oye, vi-